

González, Catalina. *Academic Skepticism in Hume and Kant: A Ciceronian Critique of Metaphysics*. Springer, 2022.

Academic Skepticism in Hume and Kant: A Ciceronian Critique of Metaphysics es una obra cuyo propósito principal es hacer evidente la conexión que existe entre la Academia Platónica Nueva y la modernidad ilustrada. A primera vista, la investigación llevada a cabo por Catalina González podría ser considerada como un típico trabajo de exégesis filosófica enmarcada dentro de los estudios catalogados como historia filosófica de las ideas. En efecto, la tesis principal bajo la cual se sostiene el libro, que la crítica a la metafísica por parte de Hume y Kant posee unas raíces escépticas mucho más afines al escepticismo de la Academia Nueva que al Pirronismo, gracias a la influencia de Cicerón en ellos, parece apuntar a este propósito. Sin embargo, a lo largo del libro podemos percatarnos de que lo que está en juego en la discusión es mucho más que una mera aclaración de conceptos o metodologías empleadas por las escuelas y corrientes filosóficas abordadas. Con el ánimo de clarificar este punto, voy a abordar tres consideraciones muy puntuales que nos permitirán ahondar un poco en los detalles que, por un lado, hacen tan sugestivo el texto de González y, por otro, responden a aspectos importantes de nuestro presente histórico que invitan a la reflexión.

En primer lugar, quiero hablar del estilo de exposición de González. En la escritura de la autora podemos encontrar una relación interesante entre dos de sus características: el lenguaje empleado por la filósofa docente y aquél usado por la filósofa investigadora. ¿Por qué considero

relevante mencionar esto? En el capítulo tercero de su investigación, González afirma que la Academia Nueva conjugó dos tipos de ejercicios discursivos, el dialéctico y el retórico: “[the first] provided arguments pro and against a view to refute it [...], while rhetoric employed long discourses containing many arguments in support of a specific thesis to persuade the audience” (71). A mi modo de ver, la relación entre estas dos prácticas discursivas se observa también en la composición del libro. La docente emplea la retórica con explicaciones y ejemplos que guían la filosofía al terreno de la cotidianidad humana y nos permiten un acceso más fácil a la complejidad de los planteamientos. En efecto, el estilo expositivo de González carece de arrogancia intelectual y muestra un interés genuino de que los conceptos expuestos sean asequibles; de ahí su talante constructivo y algunas veces incluso jocoso, como en la hipotética conversación que la autora menciona entre Hume y Cicerón al finalizar el capítulo cuatro.

Podemos encontrar otros ejemplos de lo anterior en varios lugares de su libro: el empleo de metáforas para explicar la metodología escéptica en el capítulo tres, o el recurso a acertijos y juegos de niños para explicar un concepto abstracto de la filosofía kantiana en el capítulo siete. Quizá la estrategia más sobresaliente de González sea el empleo de recursos literarios en la exposición de sus ideas. Por ejemplo, el uso de la novela *Los Idus de Marzo* (1961) de Thornton Wilder, en el capítulo tercero, nos permite esclarecer una diferencia sustancial entre el escepticismo académico y el pirrónico. González es aquí contraria a la tesis visual del cine —“no expliques, muéstralo”— o

de la narrativa literaria —“no expliques, insinúalo o haz que se deduzca”—. En filosofía quizá sea mucho más pertinente sostener la postura de “explica la idea, pero no des por hecho que se entiende al exponerla, ejemplifícala para quien la lee”. Por ello, aplaudo la inclusión de estos recursos clarificadores.

Por su parte, la filósofa investigadora, con una argumentación mucho más dialéctica, dialoga con una tradición de estudiosos y comentaristas, discute interpretaciones, pondera ideas, muestra en qué está de acuerdo y en qué no, expone coherentemente su propio punto de vista sin desprestigiar el del otro, aunque mostrando sus dificultades, etc. Esto podemos encontrarlo a lo largo de todos los capítulos, aunque con una menor fuerza en el segundo, el cual es mucho más descriptivo. No obstante, el lugar donde más notoria es esta cualidad es en el capítulo sexto, sin duda, el mejor y más logrado. En él, González no solo expone cómo se conecta el escepticismo académico con el pensamiento de Kant, sobre todo por la influencia de Hume, sino que hace gala de su propio talante escéptico en la discusión: que algo sea plausible para un comentarista, no quiere decir que deba ser aceptado sin más, sobre todo si carece de suficiente respaldo textual, como en el caso de los comentaristas que atribuyen a Kant diversas conexiones con el escepticismo pirrónico.

Este aspecto estilístico posee una ventaja que apunta al segundo punto que quiero mencionar: ¿qué significa pensar escépticamente? Una posible respuesta a esta cuestión es de carácter evidentemente práctico y me gustaría responderla a partir de algunas consideraciones en torno a la metodología expositiva del

libro de González. Primero, la pregunta fácil: ¿cómo estudiamos el escepticismo? Leyendo los textos de filosofía claves y discutiéndolos en clases, seminarios o con personas interesadas en los temas. Ahora bien, la pregunta difícil: ¿estamos leyendo, discutiendo y reflexionando escépticamente?

Esta última pregunta, que refiere a la cuestión sobre lo que es o no pensar escépticamente, me lleva reflexionar sobre las consecuencias de dejar a un lado la metodología escéptica en el aprendizaje contemporáneo de la filosofía, la cual, a mi modo de ver, está a la base del pensar crítico. Me gustaría resaltar cómo la autora hace suya dicha actitud crítica en su manera de hacer filosofía. El libro de González nos introduce en un tema, nos expone el desarrollo de las principales discusiones, nos dice qué textos leer para abordarlas y nos da pistas sobre cómo aproximarse a la investigación filosófica. ¿Cómo lo hace? No estableciendo un juicio concluyente o una la resolución definitiva sobre la investigación filosófica, sino aplazando su asentimiento para examinarla y desarrollarla con mayor detenimiento.

En otras palabras, el carácter investigativo de la autora coincide metodológicamente con la postura escéptica que ella misma expone porque incentiva a permanecer en un constante diálogo entre ideas. No obstante, esto implica, a mi modo de ver, una manera particular de abordar a los autores filosóficos: hay que reconocer el origen de su pensamiento y qué prejuicios sostuvieron a la hora de consolidarlo. La metodología escéptica es vital para la educación filosófica en la medida en que nos permite una revisión constante, no solo de nuestras creencias y

opiniones, sino de aquellas pertenecientes a las personas que estamos leyendo o escuchando en una clase.

En definitiva, no se trata meramente de asumir que los autores filosóficos son sujetos aislados cuya iluminación intelectual parece única, sino de concebirlos como personas que también tienen prejuicios y muchas veces han renunciado a pensar crítica y razonablemente en el terreno de lo práctico. Yuval Harari, en su discusión sobre por qué la verdad no prevalece frente a las ficciones en el terreno de la política contemporánea, considera que las instituciones académicas, aquellas que han prevalecido históricamente, lo hacen en virtud de su adherencia, o bien al poder, o a la tendencia intelectual hegemónica (cf. Harari). Esto ocurre mucho en las universidades, y quienes trabajan la filosofía no están exentos de este problema, ya sea para determinar las directrices “válidas” de sus investigaciones (lo que es o no relevante para ser investigado) o para excluir formas de pensamiento más diversas y/o contrarias al *status quo*.

De ahí que las palabras expresadas por González en torno a lo que significa ser un filósofo o filósofa latinoamericana en la introducción del libro cobren una particular relevancia (9). Quienes han estudiado o ejercen la filosofía como profesión en Latinoamérica parecen enfrentarse actualmente a una situación paradójica: o bien se dedican a temáticas cuya relevancia las establece un mercado de conocimiento posicionado en lo que llamamos el norte global, o su trabajo y reflexión debe atender la urgencia, casi que exclusiva, de los asuntos políticos y sociales que permean nuestra geografía. No obstante, ¿es esta paradoja real o,

como lo establece González, una ilusión de la razón, a modo de las antinomias kantianas?

No pretendo dar una respuesta definitiva a este interrogante, pero invito a leer las palabras expresadas por González al respecto y establecer sus propias conclusiones. Sin embargo, si se me permite una licencia interpretativa, considero que González nos invita implícitamente a pensar la filosofía de una manera no ajena al vivir mismo de los autores que estudiamos. La autora manifiesta a lo largo de su libro que al abordar lo que piensa un autor, es necesario preguntarse por qué llegó a concebir tales ideas, si cambió de parecer en su vida sobre ellas, quiénes eran sus interlocutores, cuáles sus motivos intelectuales para discutir, qué metodologías desarrolló, en qué otras posturas o autores encontró fuentes para su pensamiento, etc. En últimas, esto también es relevante para aprender a pensar críticamente, y esta clase de pensar, si bien es diferente a muchas otras formas de hacerlo, como las del pensar lógico-analíticamente, abstractamente, deconstructivamente, hermenéuticamente, metafísicamente, etc.; es relevante para comprender lo problemático que es el pensamiento dogmático y superarlo.

Lo anterior me remite a mi tercera consideración sobre la cual también nos alerta el texto de González

In my view, Academic skepticism demands that we give each of our claims their just measure of truth, and never adopt them dogmatically or obstinately. It requires us to be able to say: “this seems probable to me, but I don’t hold it as knowledge”, “this I do not know with certainty”, or “I am acting this way

because I believe this, but I am willing to reconsider it and perhaps change my behavior". Academic skepticism advises us [...] to cultivate the attitude [...] against metaphysical and other sorts of dogmatism that we continue to witness nowadays. (266-267)

Me gustaría detenerme en este punto porque, en el fondo, lo que aquí se está afirmando es que la actitud escéptica y crítica no es un mero asunto de pensadores profesionales y expertos intelectuales, y, en últimas, que la filosofía tampoco es ajena a nuestro propio vivir. Es claro que el método escéptico es relevante para discutir y problematizar a las distintas escuelas filosóficas y sus posturas. Sin embargo, es a partir de nuestro presente histórico en el que prevalecen las *fake news*, en el que las redes sociales nos convierten a todas las personas en autores y autoras potenciales, como lo afirmó alguna una vez Habermas (cf. Hermoso), donde el pensamiento crítico-escéptico cobra, a mi modo de ver, mayor relevancia. En este punto podríamos considerar dos posibles problemas: el primero, una vasta cantidad de autores digitales desdibuja la frontera que hay entre lo que es propiamente conocimiento, y lo que son creencias y opiniones. El segundo, las prácticas filosóficas, que deberían servir como puente entre el ejercicio reflexivo y las discusiones sociopolíticas, fallan en la práctica a la hora de abordar las segundas, de problematizarlas y quizás encauzarlas.

No creo que el libro de González sea una receta de soluciones absolutas a estos problemas y, evidentemente, esa no es la intención de la autora. No obstante, creo que sí es una invitación a reflexionar

sobre cómo estamos constituyendo nuestras creencias y actuando moralmente a partir de ellas, es decir, sobre cómo estamos ejerciendo nuestra propia autonomía racional. ¿Qué sentido tiene que nos denominemos agentes racionales autónomos? Parte de una posible respuesta a este interrogante consiste en cultivar el pensar crítica y escépticamente. Cicerón, Hume y Kant encontraron en el escepticismo una herramienta efectiva para examinar los presupuestos de aquello que creemos es el resultado de nuestro propio ejercicio racional. Si bien hay valor a la hora de abordar nuestros discursos y argumentaciones, y las de los demás, desde su consistencia lógica, tal vez en algunos casos, el mecanismo de aproximación más adecuado sea de carácter mucho más dialéctico o retórico, como lo propone el escepticismo académico; y esta aproximación no es menos racional, sino que constituye una parte vital de lo que es nuestra agencia, el dialogar con nosotros y nosotras mismas:

Following the Academics, Hume and Kant imagined rational autonomy as critical thinking, and critical thinking as constant self-examination [...] being an autonomous rational agent meant, for them, incorporating the skeptical viewpoint - cultivating that annoying internal voice that keeps asking whether we are indeed justified in believing what we believe and in acting as we act [...]. The result of such meta-examination may be a never-ending endeavor of abandoning some beliefs and rules of judgment and acquiring new ones throughout one's life. But, far from being a sign of inconsistency, this process of constant evaluation is a path for overcoming dogmatism and prejudice [...]. And, given the strong connection between belief and

action, it enriches particularly our processes of moral deliberation and allows us to take moral responsibility more seriously. (267)

[https://elpais.com/elpais/2018/04/25/eps/1524679056_056165.html]

Wilder, Thornton. *The Ides of March*. Penguin Books, 1961.

La invitación entonces es a dudar de nuestras certezas, de nuestras convicciones y creencias; a establecer diálogos que nos permitan, primero, entender cómo alguien piensa de la forma como lo hace, antes de establecer un juicio sobre lo errado o acertado que sean sus ideas, como nos lo enseña la profesora González a la hora de abordar los autores de la tradición filosófica occidental. Segundo, que nos posibilite crear canales de comunicación que sean espacios para encauzar ideas y guiar discusiones de manera responsable, respetuosa y efectiva, como nos lo expone la investigadora González al problematizar puntos de vista y discutir interpretaciones. Ese es el sentido que tiene estudiar las ideas escépticas de la Academia Nueva, su conexión con la modernidad y su conexión con nuestro tiempo presente. De ahí que el libro de González constituya un aportación valiosa, necesaria y llegada en un muy buen momento para cultivar la actitud crítica del pensar escépticamente adaptada a las exigencias morales y sociopolíticas de nuestros días.

MANUEL ALEJANDRO CORTÉS SILVA
Universidad de los Andes -
Bogotá - Colombia
ma.cortes378@uniandes.edu.co

Bibliografía

Harari, Yuval Noah. “¿Por qué la ficción triunfa sobre la verdad?” *New York Times*. Web. 26 de mayo de 2019. [<https://www.nytimes.com/es/2019/05/26/espanol/opinion/yuval-harari-poder-verdad.html>]

Hermoso, Borja. “Jürgen Habermas: ‘¿Por Dios, nada de gobernantes filósofos!’” *El País*. Web. 10 de mayo de 2018.

Ornelas, Jorge, comp. *Rústicos versus urbanos. Disputas en torno a la interpretación del escepticismo pirrónico*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2021. 145 pp.

El escepticismo pirrónico ha sido considerado más una corriente que una escuela, esto es, una variedad de pensadores heterodoxos ajenos a cualquier forma de institucionalización. La falta de una tradición de diádocos y de un cuerpo teórico sistematizado, aunque coherente con sus principios antidogmáticos, dificulta la interpretación que podamos hacer como lectores suyos, tan lejanos en espacio y tiempo a su periodo de existencia más plena.

Durante las últimas décadas del siglo xx, tras un largo estancamiento en las investigaciones y lecturas acompañado de un aparente olvido en los círculos académicos, aparecieron dos interpretaciones novedosas que permitieron repensar el escepticismo: una “urbana”, concebida por Frede, y otra “rústica”, por Burnyeat.

La interpretación “urbana” salvaba al escepticismo de la demolidora crítica de ἀπραξία al circunscribir su antidogmatismo a la filosofía; sin embargo, para mucho esto lo convertía en una versión limitada y domada que no parecía corresponder con los testimonios. La “rústica”, en cambio, mantenía la concepción irrestricta de la ἐποχή a cambio de seguir desarmada ante las viejas críticas. Las ventajas y desventajas de ambas líneas interpretativas, sumadas a su incompatibilidad, lejos de ser un lastre, sirvieron para abrir nuevas posibilidades de investigación y reavivar el interés por el escepticismo.

La idea del libro *Rústicos versus urbanos. Disputas en torno a la interpretación del escepticismo pirrónico* surgió gracias a conversaciones informales sostenidas durante el vi *International Meeting on Skepticism* en San Salvador de Bahía en el año 2016. El libro está compuesto por siete textos de siete autores distintos, todos de América Latina, agrupados en tres temas en directa relación con la disputa entre urbanos y rústicos.

Jorge Ornelas, el compilador, hace la apertura presentando una tensión entre filosofía y vida cotidiana. A pesar de la reiterada definición popular de la filosofía antigua como una forma de vida, Ornelas muestra que, lejos de darse una compenetración mutua de ambas esferas, pensar filosóficamente compromete la vida cotidiana y la convierte en “campo de prueba de las reflexiones teóricas” (p. 9). La adopción de una vida filosófica implica una transformación teórica que inevitablemente violenta el actuar cotidiano. Por lo tanto, no hay una integración de la filosofía con la vida, sino una alteración de la cotidianidad a partir de un sistema de pensamiento. Después de la filosofía, la vida cotidiana es irrecuperable.

¿Qué es la vida cotidiana? El ámbito diario en el que gobierna el hacer, en donde la especulación no tiene cabida porque no ayuda a resolver, e incluso estorba. La vida filosófica y la cotidiana coexisten limitándose entre sí, casi como si se repelieran. El filósofo encuentra en la cotidianidad una barrera para sus pretensiones. Por lo menos así lo reconoció Sexto Empírico, heredero del escepticismo pirrónico y personaje central en la colección de textos compilada por Ornelas, pues urbanos y rústicos

se han servido de su formulación del pirronismo para defender sus lecturas.

Esa fractura entre filosofía y cotidianidad, punto neurálgico del debate entre urbanos y rústicos, se retoma en cada uno de los escritos con el fin de comprender y evaluar los problemas del escepticismo pirrónico desde las dos vertientes interpretativas mencionadas, pero también más allá de ellas.

El apartado inicial, titulado *Vida escéptica*, comprende dos textos que se ocupan del modo de vida pirrónico, de acuerdo con fuentes antiguas, en contraste con las interpretaciones de rústicos y urbanos. El primero es *Vida en lugar de doctrina en la biografía de Pirrón por Diógenes Laercio: sobre la rusticidad de Pirrón*, de Andrea Lozano-Vásquez. El problema central es la importancia de la vida misma como encarnación del discurso filosófico en el escepticismo pirrónico, según la presentación que hace Diógenes Laercio de la vida de Pirrón. La autora defiende que Diógenes no presenta las anécdotas como mero chisme, sino por su valor filosófico, ya que ellas mismas son un testimonio filosófico. Así, la anécdota adquiere valor como registro de la filosofía escéptica sin comprometerla como una doctrina. A falta de un cuerpo doctrinal, y sin depender de uno, es la vida del filósofo escéptico la que da cuenta de su orientación teórica, y donde queda consignada su coherencia. En consecuencia, por su presencia en todo ámbito de la vida, el pirronismo en su origen sería verdaderamente rústico, característica que sería eventualmente atenuada o eliminada por continuadores como Sexto Empírico.

El segundo texto es *Lo que el pirrónico ignora y lo que tal vez sepa* (a propósito

de DL 9.102-5), de Alfonso Correa Motta. El autor presenta el problema de la distancia entre creencia y acción que afecta al escepticismo pirrónico, con el fin de responder a las objeciones de inconsecuencia y ἀπραξία que la aquejan desde sus orígenes, y que vuelven a aparecer esgrimidas en contra de las lecturas rústicas. Partiendo de un pasaje de Diógenes Laercio, Correa defiende que los objetores del escepticismo han llamado creencia a lo que en realidad es ciencia. Con esto pasa a mostrar que el escepticismo pirrónico no rechaza las creencias en su totalidad, sino solamente las científicas. Las minuciosidades para desenmarañar semejante confusión son expuestas a partir de un análisis conceptual en Laercio y los objetores, pues en la cadena de lecturas e interpretaciones se encuentran imprecisiones que llevaron a equiparar creencia con ciencia. Así, el autor concluye que las acusaciones de ἀπραξία e inconsecuencia serían insostenibles, y rescata una lectura del escepticismo cercana a la interpretación urbana.

El siguiente apartado se titula *Investigación escéptica*, compuesto por tres escritos en los cuales se abren discusiones relativas a la investigación escéptica en diálogo con las novedades de las lecturas rústica y urbana. Para los rústicos, el proyecto escéptico estaba orientado a demoler toda pretensión de verdad, tanto filosófica como cotidiana. Los urbanos, en cambio, limitaban la duda al ámbito filosófico. Las contradicciones que se presentan al confrontar ambas posturas son materia fecunda para los problemas aquí presentados.

El primer texto tiene por título *¿Es la investigación en el escepticismo pirrónico rústica o urbana?*, de Mauricio Zuluaga.

El autor hace hincapié en la dificultad de agrupar bajo una sola categoría la variedad del pensamiento escéptico, lo cual le sirve como justificación para centrarse en Sexto Empírico. Zuluaga sostiene que, si bien el escepticismo en general es heterogéneo, el propuesto por Sexto Empírico es rústico porque tiene una proyección refutatoria global, lo que quiere decir que rechaza cualquier pretensión de verdad, cotidiana o filosófica. Si bien el modelo de investigación presentado por Sexto Empírico parte de un interés por la verdad, su verdadero fin es la imperturbabilidad. La investigación escéptica empieza con un impulso hacia la verdad, pero en la medida en que se reconoce la imposibilidad de siquiera acercarse, se llega a la suspensión del juicio (ἐποχή): el escéptico se da cuenta de que las creencias confrontadas durante su pesquisa llegan a una situación aporética frente a la cual solo queda suspender el juicio, y esto termina produciendo la imperturbabilidad, estado del hombre sabio. Lo que Sexto llama investigación es una actividad refutatoria, no una búsqueda activa de la verdad. Zuluaga acerca el escepticismo al dogmatismo negativo académico, sin compromiso alguno con los dogmas que investiga. Al fin concluye que la ἐποχή puede extenderse a todas las creencias, más allá de las filosóficas, por lo que el escepticismo pirrónico de Sexto Empírico sí cabría en la categoría de rústico.

El siguiente texto en el apartado es *Sképsis escéptica: contra la interpretación rústica del pirronismo sexteano*, de Jorge Ornelas. El autor recupera el debate entre la interpretación rústica y urbana en el escepticismo pirrónico, especialmente, el de Sexto Empírico; sostiene que no todo el

pirronismo es rústico y que Sexto solo parece serlo en *Contra los dogmáticos*, mas no en los *Esbozos pirrónicos*, donde se acerca más a una postura urbana. El eje del argumento es el rastreo de lo que Ornelas llama “el carácter resolutorio” del pirronismo: si bien en sus orígenes pudo ser rústico, a lo largo de su desarrollo se hace visible su transformación en una versión urbana, limitado a los dogmas filosóficos. El análisis histórico que hace Ornelas va más allá de los intentos de sistematización del pirronismo por parte de Sexto para mostrar que no se trata de una postura monolítica. De esta manera queda expuesta la multiplicidad del escepticismo, incluso dentro de la obra misma de Sexto, quien parece haber sido influenciado por una vertiente radical del escepticismo pirrónico la cual matizaría hasta el punto de volverle a abrir un campo a la búsqueda de la verdad. De ahí la posibilidad de entender el escepticismo como rústico y también como urbano. Ornelas rescata así el valor de ambas líneas de interpretación.

El apartado cierra con el texto de Daniel Vázquez titulado *Escepticismo radical y el alcance de los cinco tropos para la suspensión del juicio*. El afán de orientar el escepticismo según una línea interpretativa se ha debido, en parte, a la necesidad de responder a las acusaciones de inconsistencia mientras se conserva fielmente el pensamiento original en la medida que sea posible. El autor propone una alternativa entre la rústica y la urbana con la que aspira a explicar mejor el escepticismo de Sexto y superar sus críticas. A partir de los cinco tropos de Agripa presentados en los *Esbozos pirrónicos*, Vázquez rechaza aspectos de la lectura urbana (que el tema de la

suspensión del juicio es restringido) y de la rústica (que el escepticismo es global) a favor de un punto intermedio con características de ambas. Esto lo hace con un análisis de las características del escepticismo y sus combinaciones posibles, ilustrado con una tabla en cuyos extremos ubica las formas más radicales de la interpretación rústica y de la urbana. La combinatoria de características más plausible para el escepticismo pirrónico de Sexto muestra un alcance de la suspensión del juicio irrestricto, pero incapaz de ser global y simultáneo; por lo tanto, pareciera que la suspensión del juicio abarca cualquier ámbito, pero de manera progresiva, paulatina e individualizada. Esto no encaja en ninguna forma urbana ni rústica radical: la propuesta de Sexto se entendería mejor como un escepticismo “intermedio”, con características matizadas de ambas.

El último apartado, *Interpretaciones del pirronismo*, consta de dos escritos en los que se critica la dicotomía urbanos-rústicos a la vez que se buscan alternativas. Plínio Junqueira-Smith es el autor de *Más allá de urbanos y rústicos: una interpretación con creencias verdaderas*. Allí propone que la dicotomía urbanos-rústicos ya no ayuda a comprender el escepticismo, por lo que toda interpretación que remita a ella debe superarse, pues no ha permitido lograr un consenso; si bien fue propicia en su momento para darle un nuevo aire a las investigaciones sobre el escepticismo, ha pasado a convertirse en un obstáculo. El autor expone cómo el pirrónico no ve comprometida su suspensión del juicio por tener creencias juzgadas como verdaderas. Adicionalmente, la suspensión del juicio se extendería más allá de lo filosófico sin

abarcarse la vida entera. Para sustentar su alternativa, recurre al λόγος escéptico y al uso de εἶναι en la obra de Sexto Empírico. El λόγος escéptico comunica sobre lo que se aparece tanto en lo filosófico como en lo cotidiano, mientras que el λόγος dogmático comunica lo no-evidente. En su discurso, el escéptico se vale del verbo copulativo εἶναι siempre en referencia a lo que se aparece y cómo se le aparece, sin comprometerse con una creencia sobre algo no-evidente. En cambio, rústicos y urbanos por igual le adjudican a toda proferencia copulativa con εἶναι una creencia sobre lo no-evidente. Por lo tanto, el problema en las interpretaciones rústica y urbana sería su caracterización del concepto de creencia, el cual estaría reducido a un aspecto dogmático. Según Junqueira-Smith, el escéptico sí expresa creencias, entendiendo que estas también pueden ser sobre nuestra experiencia con lo que se aparece sensorial o intelectualmente sin que haya un compromiso con algún principio o sustrato no-evidente. Por lo tanto, a diferencia de lo defendido por rústicos y urbanos, el escéptico pirrónico podría tener creencias filosóficas o cotidianas sin compromiso dogmático.

El texto con el que cierra el tercer apartado y el libro es *Esbozos suburbanos (ni rústicos ni urbanos)*, de Rodrigo Brito. En él pretende defender el escepticismo pirrónico de Sexto Empírico de la crítica de ἀπραξία sin recurrir a una lectura rústica o urbana. Brito hace una reconstrucción del debate entre urbanos y rústicos valiéndose de la tradición escéptica y de la médica para rastrear las fuentes en las que cada vertiente apoya sus argumentos. Se centra, especialmente, en el concepto de δόγμα. El autor denuncia los anacronismos e imprecisiones en los que han caído

los urbanos para proteger al escepticismo de la ἀπραξία. Por otra parte, la lectura rústica parece ajustarse más a la evidencia histórica, pero queda sin resolver su aprieto frente la ἀπραξία. En respuesta, presenta una interpretación nueva, a la que llama “suburbana”: una mezcla de ambas conjugada con la posibilidad de actos de habla no dogmáticos, que no contradicen la suspensión del juicio escéptica por su falta de compromiso asertórico. Esos actos de habla, por estar al margen del δόγμα, quedan a salvo de la ἐποχή y son los que usaría el escéptico para actuar filosófica y cotidianamente sin contradecir su postura filosófica.

Los escritos no son extensos, pero sí precisos y cargados de una larga tradición. No es un manual divulgativo, sino una reunión de especialistas enfrentando sin rodeos problemas nucleares del escepticismo. Por esto, al lector le conviene un conocimiento previo sobre el tema si quiere sacar provecho de cada recurso argumentativo usado. No obstante, debe resaltarse que los autores reconstruyen, según sus necesidades, puntos clave de la tradición escéptica y sus intérpretes que pueden ayudar al lego a no andar a tientas.

Los autores no se limitan a reproducir las posturas de rústicos o urbanos, tampoco a tomar partido por unos u otros sin más. No se trata de escritos apolo-géticos ni históricos: por el contrario, el mencionado debate sirve como punto de partida para repensar el escepticismo más allá de los límites establecidos por dos líneas interpretativas de suma importancia, mas no exentas de escollos y aporías. Cada autor aporta a la discusión elementos para resolver problemas

dentro del marco establecido por rústicos y urbanos, e incluso para superarlo.

Los mismos textos dialogan entre sí, muestran sus divergencias y coincidencias, sus propias dificultades, como si reprodujeran las conversaciones que le dieron origen al proyecto; también ofrecen múltiples aperturas para ocuparse de diversas dificultades aún vigentes en el escepticismo pirrónico. No son escritos enteramente concluyentes, y no tienen por qué serlo: su ambición viene acompañada de modestia, por paradójico que pueda sonar. Cada autor reconoce las dificultades de sus pretensiones y el peso de la tradición, pero sin amilanarse ante la tarea de presentar objeciones y soluciones a dos reputadas vías interpretativas. Más que un cierre, la compilación presenta caminos para futuras investigaciones, y es un aporte valioso para adentrarse en una discusión que, por lo pronto, parece lejos de quedar zanjada.

PABLO ANDRÉS DE FRANCISCO LEÓN
 Universidad de Antioquia -
 Medellín - Colombia
pablo.defrancisco@udea.edu.co

Bett, Richard. *How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism*. Cambridge University Press, 2019. 279 pp.

I

Durante más de treinta años como autor, editor y traductor, Richard Bett ha consagrado la mayor parte de su trabajo publicado al escepticismo antiguo y ha consolidado una obra de excepcional calidad y diversidad. *How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism* reúne parte del trabajo que ha publicado desde 2005 hasta el 2019.

Este libro se ocupa principalmente del escepticismo pirrónico de Sexto Empírico (también conocido como pirronismo sextiano). Sin embargo, también hay lugar para Enesidemo, al que se le dedica un capítulo, Pirrón y, de manera más marginal, Timón, figuras del pirronismo anterior al presentado por Sexto en *Adversus Mathematicos* (en adelante *M*) y *Esbozos del pirronismo* (en adelante *PH*). Asimismo, el llamado escepticismo académico es discutido durante algunas partes de diferentes capítulos.

How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism puede ser visto como un esfuerzo por mostrar diferentes maneras en las que el pirronismo es una postura filosófica merecedora de atención y discusión por parte de un público más amplio que el de los estudios sobre filosofía antigua. Más concretamente, el proyecto de Bett en este libro parece ser, principalmente, discutir en detalle la práctica del pirronismo sextiano y sugerir y explorar la pregunta por aquello que el pirronismo tendría

para decirles a los filósofos y ciudadanos hoy en día. Una obsesión que acompaña esta segunda parte del proyecto es la de preguntar por el atractivo que podría despertar el escepticismo sextiano actualmente. Respecto a la primera parte del proyecto del libro, habría que aclarar que la práctica del pirronismo incluye no solo la manera en la que el pirrónico participa de la actividad filosófica, sino las implicaciones que esto tiene en su vida ordinaria y la viabilidad de dicha práctica. Que puedan ser identificadas dos partes de un proyecto, y que los capítulos del libro respondan en mayor o menor medida a alguna de ellas, no supone una amenaza a la unidad de la obra; es más, la relación entre ambas partes se teje e intensifica a lo largo del libro.

En cuanto a estructura, el libro está dividido en doce capítulos, que a su vez se encuentran agrupados en cuatro partes, cada una de las cuales cuenta con tres capítulos. De los doce capítulos, nueve ya habían sido publicados entre 2005 y 2016, dos (capítulos 3 y 12) se encontraban próximos a ser publicados en volúmenes para los que habían sido comisionados y uno (capítulo 6) fue escrito para este libro. Las cuatro partes son las siguientes: “How the Pyrrhonists Present Themselves”, que se ocupa de cómo la apelación a ciertos recursos literarios (capítulo 1) y al humor (capítulo 3), así como la no apelación a la tradición y la búsqueda de una ruptura con esta (capítulo 2), le servirían al pirronismo para impactar al lector y mostrarse como elusivo, subversivo y radicalmente diferente con respecto de sus rivales; “Pyrrhonist at Work: Specific Topics”, en la que se estudian el lugar que en el pirronismo sextiano tienen ciertos elementos relevantes en

la tradición pirrónica, como son el signo (capítulo 4) y los modos (capítulo 6), y el involucramiento de Enesidemo en la discusión contra los especialistas en física y la manera en que uno de los llamados modos de Enesidemo daría cuenta de dicho involucramiento (capítulo 5); “Life as a Pyrrhonist”, que aborda la pregunta por el significado de vivir como un pirrónico sextiano, con un especial foco en las implicaciones que tienen la suspensión del juicio, la imperturbabilidad y la guía de la apariencia en el yo o sí mismo pirrónico (capítulo 7), en la agencia pirrónica (capítulo 8) y en la vida filosófica y social pirrónica (capítulo 9); “Intersections of Pyrrhonism with Contemporary Thought”, que se ocupa de asuntos como la posibilidad de una vida *eudaimôn* o, al menos, de una vida feliz para el pirrónico sextiano (capítulo 10), la posibilidad de un voluntarismo epistemológico en el escepticismo pirrónico sextiano (capítulo 11) y la viabilidad y razonabilidad de adoptar el pirronismo sextiano hoy en día (capítulo 12). Como lo indica el nombre de esta última parte del libro, es ella en la que hay un mayor esfuerzo por establecer ciertos diálogos entre desarrollos filosóficos contemporáneos y la tradición escéptica (principal pero no exclusivamente) pirrónica sextiana.

Lo anterior no pretende ser un resumen exhaustivo de un libro tan rico en temas, análisis y discusiones. No obstante, sí pretende dar una idea de lo abordado por Bett a lo largo del libro y de la manera en que este está organizado.

Merece la pena, además, destacar otras cualidades del libro. En primer lugar, está muy bien escrito y editado; parece haber solamente dos errores: uno, en la página

158 (segunda línea del segundo párrafo que inicia y termina en esa página), en el que falta “*the*” en “to [the] effect”; y otro, en la página 250, en el que faltan los números de las páginas en la referencia bibliográfica de “Moller 2004”, las cuales son 425-441.¹ En segundo lugar, es un texto generoso con el lector en otros varios sentidos; no solo por el cuidado con el que presenta una imagen de lo que Bett entiende como la puesta en práctica del pirronismo, sino porque ofrece varias referencias a escuelas, tradiciones y autores antiguos, modernos y contemporáneos que pueden enriquecer la comprensión misma del pirronismo y estimular la reflexión sobre esas escuelas, tradiciones y autores desde el prisma del pirronismo. Asimismo, resulta informativo respecto de asuntos como el correcto orden cronológico de los textos de Sexto Empírico, posibles problemas con ciertas traducciones populares de algunos pasajes de aquellos textos, el desarrollo histórico del pirronismo, la recurrencia y el posible sentido detrás del uso de ciertos términos y expresiones por parte de algunos autores pirrónicos, entre otros asuntos. Aunque estas cuestiones puedan ser de mayor interés por parte de lectores con cierto grado de competencia en la tradición pirrónica, la manera en que son abordadas no las torna inaccesibles para otro público.

.....
1 Esto errores fueron señalados y corregidos por Veres (2019) y Aronoff (2019). Veres se percató del problema en la página 158; Aronoff, del problema en la página 250. La lectura de sus reseñas puede enriquecer de manera importante la valoración del libro de Bett.

II

Quisiera usar esta segunda parte de la reseña para, primero, destacar dos de los capítulos del libro que encuentro particularmente interesantes, y segundo, presentar y discutir una idea que Bett defiende en varias ocasiones a lo largo del libro, que parece clave en su interpretación y valoración del pirronismo sextiano y que encuentro particularmente problemática.

El primero de los capítulos que quiero destacar es el capítulo 1, titulado “The Pyrrhonist’s Dilemma: What to Write If You Have Nothing to Say”, el cual busca responder las preguntas por cuál es el sentido de escribir obras filosóficas y cuáles son las estrategias empleadas en aquella escritura por parte de Sexto, un filósofo que, según Bett, habría renunciado a la búsqueda de la verdad al ser esta incompatible con la suspensión del juicio. En función de esta suspensión, Sexto emplea algunos recursos en su escritura, como las voces o locuciones escépticas o lo que Bett llama variaciones en el uso de términos (*e.g.*, “filosofía” o “lo que es llamado filosofía”), en decisiones estratégicas (*e.g.* la apelación a o el distanciamiento de la vida ordinaria) y en la manera de presentar argumentos (*viz.* la manera de construir y presentar las oposiciones). Además, considerando una presunta incompatibilidad entre buscar la verdad y buscar la suspensión del juicio, Bett encuentra ambigua la presentación del pirrónico como suspensivo a la vez que como indagador o investigador. Pero esta no sería la única ambigüedad, también habría ambigüedad en la actitud de Sexto hacia la filosofía y hacia la vida cotidiana. Y estas ambigüedades no serían producto de una incompetencia por parte de Sexto, sino que darían cuenta de un presunto

propósito de llevar al lector a un estado en el que no se sienta seguro o confiado de haber —por decirlo de alguna manera— capturado la posición pirrónica. Esta búsqueda de descolocar al lector sería a su vez una búsqueda de conducirlo a la suspensión del juicio misma. De esta manera, la escritura pirrónica, nutrida de los mencionados recursos y ambigüedades, aparece no solo como un ejercicio de ilustración del pirronismo, sino como una puesta en práctica de la construcción o armado de oposiciones con fines suspensivos.

El segundo que quiero destacar es el capítulo 3, titulado “Humor as Philosophical Subversion, Especially in the Sceptics”. En este se analiza, principalmente, la manera en que el humor es empleado por los pirrónicos. El punto de partida es Aristóteles, en cuya obra habría dos clases de humor, a saber: el humor de juego de palabras y el humor crítico (burla directa del adversario) —esta distinción no impide, como se muestra en el desarrollo del capítulo, que los juegos de palabras se usen como humor crítico—. Del uso del humor crítico en la obra de Aristóteles, Bett observa que el punto de usar el humor es llamar la atención sobre algo en lo que hay una equivocación o podría haberla, lo que puede implicar atacar la postura o pensamiento de otro, evitar una propuesta inicialmente atractiva pero cuyos peligros han sido expuestos o allanar el camino para la presentación de alguna propuesta teórica que resuelva aquello sobre lo que se discute o indaga. La apelación al humor crítico sería común entre quienes tienen algún tipo de reserva o desconfianza hacia la filosofía (o lo que es llamado filosofía). De allí que el resto del capítulo se concentre en el escepticismo antiguo y el uso

del humor crítico por parte de algunos autores de esta tradición. Aunque Bett dedica una pequeña parte a la academia escéptica, en la que destaca una posible apelación al humor crítico por parte de Arcesilao (quien se burlaría de sofistas) y Carneades (quien usaría sorites con potencial humorístico), la mayor parte del capítulo se ocupa de autores pirrónicos. En lo que a Timón respecta, Bett identifica, por una parte, el uso irónico y satírico de términos o fórmulas con las que autores como Aristóteles, Platón y Sócrates son objeto de burla y crítica ácida; y, por otra parte, una relación directamente proporcional entre el grado de crítica y el grado de humor empleado. En el caso de Sexto Empírico, este haría blanco de su ridiculización no tanto a argumentos o ideas particulares como a la filosofía positiva como un todo (esto último sería algo que compartiría con Timón). Bett ofrece, además, ejemplos de los siguientes tres tipos de efectos humorísticos que identifica a lo largo de la obra sextiana: ridículo total o desdén cómico en el lenguaje usado para presentar a los dogmáticos; descripción en términos sarcásticos de las consecuencias que tiene para los dogmáticos sostener ciertas posturas; y exuberancia o tono bromista y alegre en la manera en que se desarrolla un argumento antidogmático (especialmente en la manera de desarrollar un ejemplo o un detalle en dicho argumento) (55-57). Esta apelación al humor, que va de lo explícito a lo sutil, estaría puesta en función del proyecto subversivo de la filosofía pirrónica. Como dice Bett:

Las palabras “subversión filosófica” en mi título pretenden capturar estas dos ideas: subversión de ideas particulares

dentro de la filosofía y subversión de la filosofía misma (donde el término es entendido en un espíritu positivo o constructivo). Está abierto a los escépticos ser humorísticamente subversivos en ambas maneras, y espero haber mostrado que ellos dan la bienvenida a la oportunidad. (61)

Más allá de posibles objeciones que puedan ser hechas a la interpretación realizada por Bett, la manera en la que pone el foco en la escritura pirrónica y, especialmente, en el humor pirrónico revela cómo en la forma de presentarse propia de los pirrónicos se pueden hallar elementos importantes de ese carácter radical y subversivo de la empresa pirrónica. No tengo noticia de otros trabajos que hagan del humor en el pirronismo su objeto de examen, tampoco parece haber a la fecha muchos trabajos que analicen ciertos recursos discursivos y literarios a los que apela el pirronismo de la manera en que se hace en el capítulo 1; por eso, el valor y a pertinencia de estos capítulos puede establecerse no solo a la luz de los lúcidos análisis que en ellos se desarrollan o de lo reveladores que pueden ser, sino también de lo novedosos que parecen ser sus enfoques.

En lo que respecta a la interpretación que ofrece Bett del pirronismo, la idea de que el pirronismo supone la renuncia a o la pérdida de interés en buscar la verdad es mencionada y desarrollada en varias partes del libro. Además, parece jugar un rol importante en la idea de la práctica del escepticismo sextiano que se elabora a lo largo del texto. No obstante, esta idea, bastante popular entre muchos estudiosos del pirronismo, es problemática, como intentaré mostrar.

Una de las mejores y más detalladas formulaciones de dicha idea que se encuentran en el libro es la siguiente.

[...] el resultado de suspender el juicio es precisamente la *ataraxia* que uno estaba buscando en primer lugar. Sexto no explica por qué esto es así. Pero parece como si, en lugar de dudar dónde está la verdad, uno llega a la actitud de que esto realmente no importa y de que el proyecto de descubrir la verdad es muy posiblemente una misión inútil; este no ha conducido a ningún resultado exitoso hasta ahora, y supone para aquellos que toman parte en él nada más que un problema, problema del cual, por la suspensión del juicio, uno se puede liberar. Y entonces, habiendo tenido una vez la experiencia de la conexión entre suspensión del juicio y tranquilidad, uno se embarca en un nuevo proyecto en el que la suspensión del juicio, con la tranquilidad que la acompañan, es ella misma el objetivo. En este punto, uno es un escéptico completo, y es la producción y el mantenimiento de la suspensión del juicio en que, de acuerdo con la frecuentemente citada oración de PH (1.8), consiste la habilidad (*dunamis*) escéptica. (172-173)

De acuerdo con este pasaje, el pirrónico es alguien que ha abortado el plan inicial, a saber, alcanzar la imperturbabilidad mediante el descubrimiento de la verdad. De este proyecto inicial se dice que deja de ser importante, que es inútil y que es un problema. ¿Por qué deja de ser importante? Porque ya no hay motivación para descubrir la verdad. Por una parte, el pirrónico ya cuenta con una manera exitosa de alcanzar la imperturbabilidad. Por otra parte, como señala Bett en otro capítulo, “una vez que uno llega a suspender el juicio, pierde tanto la

inclinación a favorecer un lado como la incomodidad asociada con la presencia del otro lado” (228), es decir, ya no hay nada que mueva al pirrónico a resolver el conflicto entre sus apariencias. ¿Por qué es inútil? Porque como no se ha descubierto la verdad sobre ninguna de las cosas que inquietaban al pirrónico, no se ha podido alcanzar la imperturbabilidad. Es como si no sirviera de nada que la imperturbabilidad se consiguiera al descubrir la verdad, pues se ha fracasado en esto último. ¿Y por qué es un problema? Porque el fracaso en descubrir la verdad supone la imposibilidad de alcanzar la imperturbabilidad. Quizás también sea un problema porque se está entre aquella inclinación y aquella incomodidad que menciona Bett. Sea como fuere, una consecuencia de que el descubrimiento de la verdad sea un problema es que termina siendo un obstáculo para la imperturbabilidad.

Por su parte, el nuevo proyecto, el proyecto propiamente pirrónico, consistiría en desarrollar la habilidad para armar oposiciones que resulten en equipolencia, que a su vez lleve a la suspensión del juicio y, en última instancia, a la imperturbabilidad. Esa habilidad se requiere porque la imperturbabilidad no es un estado definitivo, sino que debe renovarse constantemente; de allí que el pirronismo sea, ante todo, una actividad (cf. 6-8; 11-12; 124; 174). Pero, según Bett, como el pirrónico ya ha experimentado la relación entre suspensión del juicio e imperturbabilidad, no considera la investigación (búsqueda de la verdad) como una posibilidad para volver a alcanzar la imperturbabilidad. Además, la suspensión del juicio es también una manera de superar el obstáculo que en cierto sentido llega a ser la búsqueda

de la verdad. Este proyecto suspensivo es la alternativa exitosa al plan inicia y solo cuando se lo abraza como tal se es plenamente pirrónico.

Por lo anterior, en algunas partes de su libro, Bett cuestiona e incluso censura que Sexto mismo caracterice al pirrónico como investigador. Una muestra de ello lo encontramos en el siguiente pasaje.

Pero si “investigación” se toma, como naturalmente puede ser, como sugiriendo una búsqueda seria y activa de la verdad, entonces es engañoso al ser aplicado a un escéptico de la variedad de Sexto; el escéptico es alguien que busca mantener la *ataraxia*, y que ha encontrado una manera de hacerlo en la que la investigación, en ese sentido, no tiene lugar. Sin duda, Sexto describe al escéptico como alguien que empieza como un investigador, quien apunta a descubrir la verdad y a lograr la *ataraxia* de esa manera; pero el desplazamiento desde esta actitud hacia el escepticismo mismo es precisamente el abandono de la investigación en ese sentido. (175)

En conclusión, más allá de lo que diga Sexto Empírico, el pirrónico no investiga, no busca la verdad, y no podría al mismo tiempo decirse pirrónico e investigador.

Ahora bien, ¿qué hace problemática esta interpretación de Bett? En primer lugar, que Sexto diga explícitamente que el pirrónico está investigando desde las primeras páginas de lo que pretende ser su presentación del pirronismo (PH 1.1-3, 7). Dice esto, además, en un contexto en el que se busca ofrecer rasgos distintivos del pirronismo respecto de sus rivales. Por supuesto, se puede pensar que hay algún grado de incompetencia en Sexto y en su elección de palabras (y considerar la

caracterización del pirrónico como investigador como una anomalía), o se puede intentar hallar o elaborar un sentido de “investigar” o “investigador” que no incluya buscar o tener interés en descubrir la verdad, o incluso se puede —como hace Bett— acusar a Sexto de “prometer” algo que su obra no cumple (*i.e.* no mostrar cómo es que el pirrónico puede investigar a la vez que busca suspender el juicio). Por lo anterior, la sola apelación a esos usos de “investigador” y sus cognadas no basta para responder a Bett.

Respecto de la explicación del paso de la suspensión del juicio a la imperturbabilidad, una alternativa que Bett no parece considerar suficientemente es que aquello de lo que se liberaría quien suspende el juicio no es exactamente el interés en buscar la verdad, sino cierto afán ligado inicialmente a esa búsqueda. Es decir, como sugiere Hankinson (1995), lo que alcanzaría el pirrónico es la posibilidad de buscar la verdad tranquilamente, liberado del afán de alcanzar esa verdad como única manera de alcanzar la imperturbabilidad. De modo que la suspensión del juicio sí liberaría al pirrónico de un problema relacionado con la búsqueda inicial de la verdad, pero no implicaría que aquel deje de buscar la verdad.

Además, decir que convertirse en pirrónico es dejar de buscar la verdad es no entender suficientemente el rol que la verdad juega dentro de la práctica pirrónica. El pirrónico no solo se interesa en la verdad en el inicio, cuando se siente perturbado y quiere saber cuál de las apariencias en conflicto es la correcta. La equipolencia se produce justamente al no encontrar que una de las apariencias es más persuasiva, es decir, no es posible

decidir cuál es la verdadera o cuál revela la verdad sobre el asunto examinado. Y el juicio se suspende no como elección, sino como resultado de no poder decidir un asunto. Si la verdad no importara, podría elegirse arbitrariamente algún lado de la oposición. Pero como esto no es así, y la verdad importa, y no se puede decidir si una apariencia coincide con cómo son las cosas realmente, no queda sino suspender el juicio. Esa racionalidad en el comportamiento del pirrónico también debería considerarse una muestra del rol que la verdad sigue jugando en su actividad filosófica. A diferencia de Bett, no considero que hablar de la racionalidad como jugando un rol en la suspensión del juicio implique aceptar que esta es una conclusión a la que asiente el pirrónico (lo que lo dejaría del lado del dogmático). Tampoco me parece que se necesite postular un compromiso dogmático del pirrónico con ciertas normas racionales para poder hablar de racionalidad en el pirrónico. Como reconoce Bett, la racionalidad también hace parte de esa capacidad cognitiva que Sexto Empírico reconoce como parte de la guía de lo aparente con que cuenta el pirrónico (PH 1.21-24) (cf. 139-141). Podría incluso ser que haya una serie de normas racionales que se sancionan, pero respecto de las cuales no se tiene el tipo de compromiso dogmático que el pirrónico busca evitar.

Sugerir que buscar la verdad es un proyecto inútil que deja de ser interesante o que carece de sentido es problemático porque parece suponer que el pirrónico tiene un compromiso dogmático respecto del vínculo entre imperturbabilidad y suspensión del juicio, como si la primera siempre fuese a seguir a la segunda. Y la manera en la que Sexto habla de

cómo la imperturbabilidad ha seguido a la suspensión del juicio es como un reporte de lo que hasta ahora le ha ocurrido al pirrónico. El pirrónico no cree que la imperturbabilidad siga siempre a la suspensión del juicio, tampoco cree que la aplicación de los modos sea siempre exitosa o que toda construcción de oposiciones vaya a alcanzar siempre la equipolencia. En pocas palabras: la posibilidad de que el examen pirrónico termine en el descubrimiento de la verdad no queda excluida por el hecho de que hasta ahora no se haya descubierto la verdad. Y como la imperturbabilidad es el fin del pirronismo sextiano, y el descubrimiento de la verdad sigue siendo una vía para alcanzar la imperturbabilidad, el pirrónico no podría simplemente renunciar a buscar la verdad. Además, gracias a que no tiene la creencia de haber descubierto la verdad, ni la creencia de que ese descubrimiento es imposible, a diferencia de los dogmáticos, el pirrónico se encuentra en una posición en que buscar la verdad es posible. De allí que siga investigando.

Otra manera de controvertir la interpretación de Bett es apelar a Christiana M. M. Olfert, cuyo ensayo “Skeptical Investigation and Its Perks: Diog. Laert. 9.69-70 and 79-89” se concentra en la pregunta sobre si el pirrónico es un investigador *bona fide*.² Aunque la fuente principal para su análisis es Diógenes Laercio (*Vida de filósofos ilustres*), sus conclusiones podrían extraerse también de PH (Olfert misma referencia pasajes

2 De hecho, el ensayo de Olfert hace parte de un volumen sobre el pirronismo en Diógenes Laercio del que Bett referencia la introducción de Katja Vogt, editora del volumen, y un ensayo de James Warren.

en PH que guardan semejanza con los que ella comenta). El trabajo de Olfert me parece relevante porque se concentra en mostrar que lo que el pirrónico hace puede ser calificado de investigación. No se trata de una investigación cualquiera, sino justamente de aquella que Bett no reconoce en el pirronismo. Olfert toma la discusión de la paradoja de Menón acerca de la posibilidad de la investigación e identifica que toda investigación epistémica (*i.e.* que apunta a un progreso epistémico del investigador) tiene “un objeto; un motivo o estímulo; algún contenido inicial; un método; y apunta tanto al conocimiento y a la verdad como a un descubrimiento o avance epistémico que define el éxito o fracaso de la investigación” (2015 150). La investigación pirrónica parece satisfacer estos criterios. Su objeto son las verdades acerca de lo no evidente; su motivo o estímulo es la perturbación intelectual que crean las discrepancias entre las impresiones y pensamientos que tiene el pirrónico (esas que para Bett parecen desaparecer con la suspensión del juicio; pero que, para mí, en tanto ser humano con sensibilidad y cognición el pirrónico sigue teniendo); su contenido inicial serían las apariencias (impresiones y pensamientos); su método sería la elaboración de oposiciones y un uso no formular de los modos; y en su fin, la suspensión del juicio, habría una preocupación por alcanzar la verdad y el conocimiento, pues es un estado que se alcanza después de haber hecho lo posible por resolver el conflicto inicial respecto de la verdad de algo. Olfert apela a Vogt para destacar que “buscar la verdad” tiene varios sentidos y que uno de ellos puede ser “evitar falsedades” (*cf.* 2012 133-139). De esta manera, según Olfert,

“quizás podemos entender la búsqueda escéptica por la verdad no solo en términos de una búsqueda por la verdad como tal, sino ante todo como una búsqueda por evitar la falsedad” (2015 163).

En cuanto al avance epistémico, la investigación pirrónica lograría algunas mejoras cognitivas significativas. Primero, gracias a que el pirrónico se abstiene tener creencias sobre asuntos no evidentes, evita la falla cognitiva de tomar lo verdadero por falso o lo falso por verdadero. Segundo, alcanzar la suspensión del juicio implica tener conciencia de la fuerza persuasiva a favor y en contra de ciertas afirmaciones sometidas a examen y entender por qué tienen la fuerza persuasiva que tienen (o por qué carecen de fuerza alguna), y entender las fortalezas y debilidades de afirmaciones y argumentos examinados; y quizás también implica poder tener una idea de qué tipo de afirmaciones, argumentos o evidencia podrían resolver la disputa. Gracias a lo anterior, la posición epistémica del pirrónico (tras suspender el juicio) sería mejor que la que tenía antes de iniciar su examen. Tercero, en virtud de esa mejoría en la condición epistémica del investigador, toda nueva investigación que reabra sería una mejor investigación (una mejor dirigida y enfocada, con un examen más refinado de las alternativas). Olfert señala que, como la suspensión del juicio no es un estado dogmático ni definitivo, sino un estado de “tensión cognitiva entre alternativas igualmente convincentes” (166), cualquier nueva consideración o apariencia a la que el pirrónico se vea expuesto podría romper dicho estado suspensivo. Cuarto, gracias a que está orientada hacia la suspensión del juicio, es

una actividad y logra las mejoras epistémicas mencionadas, la vida del pirrónico es una vida dedicada a una actividad racional “continua, informada e informativa” (*id.* 167). Esta vida podría ser la mejor vida para un ser racional como el ser humano (*cf.* 165-170).

Si Olfert está en lo cierto, parece que hay muy buenas razones para defender la caracterización que Sexto hace del pirrónico como investigador. Por supuesto, su investigación resulta diferente de la que hacen sus rivales, pero no por ello deja de ser una investigación genuina. Por lo anterior, no podría sostenerse que el pirronismo supone una renuncia o un desinterés en buscar la verdad.

III

Por último, en el prefacio de *How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism*, Bett dice que se siente afortunado de pertenecer al mundo de la filosofía griega antigua y espera estar haciendo lo suficiente para mantenerlo tan vibrante como es actualmente (*cf.* XII). Este libro no solo cumple muy bien dicho propósito, sino que nos recuerda por qué el mundo de estudios de la filosofía antigua, y en especial el de estudios sobre pirronismo, es tremendamente afortunado de contar con Richard Bett.

Bibliografía

- Aronoff, Peter. “How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism.” *Bryn Mawr Classical Review*. Web 5 de noviembre del 2019. [<https://bmcr.brynmawr.edu/2019/2019.11.44>.]
- Bett, Richard. *How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian*

Skepticism. Cambridge University Press, 2019.

Hankinson, Robert J. *The Sceptics*. Routledge, 1995.

Olfert, Christiana M. M. “Skeptical Investigation and Its Perks: Diog. Laert. 9.69–70 and 79–89.” *Pyrrhonian Skepticism in Diogenes Laertius*. Edited by Katja Maria Vogt. Mohr Siebeck, 2015.

Sexto Empírico. *Outlines of Scepticism*. Traducido por Julia Annas y Jonathan Barnes. Cambridge University Press, 2000.

Veres, Máté. “How to Be a Pyrrhonist: The Practice and Significance of Pyrrhonian Skepticism.” *Notre Dame Philosophical Reviews*. Web. 5 de noviembre del 2019. [https://ndpr.nd.edu/reviews/ow-to-be-a-pyrrhonist-the-practice-and-significance-of-pyrrhonian-skepticism/#_ednref4.]

Vogt, Katja Maria. “The Aims of Skeptical Investigation.” *Belief and Truth. A Skeptical Reading of Plato*. Oxford University Press, 2012. 119-39.

NICOLÁS ORLANDO QUIÑONES DÍAZ
Universidad Nacional de Colombia -
Bogotá - Colombia
noquinonesd@unal.edu.co